

A&P

continuidad

Publicación temática de arquitectura

FAPyD-UNR

DIÁLOGOS DE DOCENCIA EL PROYECTO DE ARQUITECTURA Y SU ENSEÑANZA



LE CORBUSIER
SI TUVIERA QUE ENSEÑARLES
ARQUITECTURA

N.01/1 AGOSTO 2014

[M.F.FERNANDEZ DE LUCO / N.CAMPODONICO] [H.FLORIANI / J.CUTRONEO] [J.L.LINAZASORO / G.CARABAJAL]
[A. MONESTIROLI / F.VISCONTI-R. CAPOZZI] [A. RIGOTTI / D. CATTANEO] [E. ROCCHI / A. VALDERRAMA]
[J. SILVETTI / M.IMBERN] [L. SAN FILIPPO] [T.UTGES] [D. VIU] [M.BOTTA / FAPYD-UNAM]





N.01/1 AGOSTO 2014
ISSN 2362-6097

revista

A&P

continuidad

FAPyD

FACULTAD DE ARQUITECTURA, PLANEAMIENTO y DISEÑO
UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO



Imagen de tapa : Centro Cultural Escuelas Pías de Lavapiés, Madrid 1996-2004. J.I.Linazasoro. Colab. H. Sebastián de Erice
Detalle de la fachada de las aulas.
Autor: arq. Miguel de Guzmán.
imagensubliminal.com

A&P continuidad

COMITÉ EDITORIAL

Director

Dr. Arq. Gustavo Carabajal

Dr. Arq. Daniela Cattaneo
Dr. Arq. Jimena Cutruneo
Mg. Arq. Nicolás Campodónico
Arq. María Claudina Blanc

proyectoeditorial@fapyd.unr.edu.ar

Diseño.
Catalina Daffunchio.
Departamento de Comunicación FAPyD

N.01/1 AGOSTO 2014
ISSN 2362-6097

Agradecemos a los docentes y alumnos del curso de fotografía aplicada las imágenes del edificio de la FAPyD.



Próximo número :



LA ARQUITECTURA ES....

AUTORIDADES

Decano

Dr. Arq. Isabel Martínez de San Vicente

Vicedecano

Arq. Cristina Gomez

Secretario Académico

Arq. Sergio Bertozzi

Secretaria de autoevaluación

Arq. Bibiana Ponzini

Secretario de Asuntos estudiantiles

Arq. Eduardo Florini

Secretario de extensión

Arq. Javier Elías

Secretaria de postgrado

Arq. Natalia Jacinto

Secretaria de Investigación

Arq. Ana Espinosa

INDICE

Presentación

06

Presentación

Dra. Arq. Isabel Martínez
de San Vicente

Editorial

08

En Continuidad...

Prof. Arq. Gustavo A.
Carabajal

Reflexiones de maestros

10

Si tuviera que enseñarles arquitectura

Le Corbusier

Conversaciones

16

Conversación con Manuel Fernández de Luco

por Nicolás Campodonico

26

Conversación con Héctor Floriani

por Jimena Cutruneo

36

Conversación con José Ignacio Linazasoro

por Gustavo Carabajal

52

Conversación con Antonio Monestiroli

por Federica Visconti
y Renato Capozzi

62

Conversación con Ana María Rigotti

por Daniela Cattaneo

74

Conversación con Elena Rocchi

por Ana Valderrama

86

Conversación con Jorge Silvetti

por Matías Imbern

Dossier Temático

96

Imágenes, despacio!

Luis San Filippo

104

Trascender la enseñanza de sistemas y procesos constructivos

Taller Útges

110

Habitar el proyecto. La enseñanza en el Taller Sur

Daniel Viu

116

Mario Botta. Conversación con alumnos

Alumnos de la UNR y la UNAM

CONVERSACIÓN CON MANUEL FERNÁNDEZ DE LUCO

por NICOLÁS CAMPODONICO

NC. Me gusta conocer las historias desde sus inicios, en este sentido antes de abordar el tema específico ¿cuál es tu primer recuerdo sobre algo relacionado con la Arquitectura? Y en segundo término, ¿Qué te llevó a estudiar Arquitectura?

MFDL. Guardo entre mis mejores recuerdos de infancia las esperadas oportunidades de acompañar a mi padre en sus actividades de “hacedor” al frente de su Empresa-Taller de Ebanistería. Así crecí familiarizándome con la sabiduría y exactitud en el trabajo – oficio–, de los artesanos concentrados en transformar la materia rústica en exactos y preciosos objetos de perfectos acabados, con su concentrada y segura capacidad para elegir la herramienta correcta y su oportuna aplicación, y en caso de ser necesario fabricarla o adecuarla a las exigencias del caso (los baúles de herramientas

personales crecían junto al banco de trabajo de cada uno); y con la admiración de ver como mi padre, en el silencio vespertino de los sábados en el Taller, tenía la capacidad de anticipar, sobre grandes folios de papel madera, a lápiz y con su regla T y sus escuadras, los despieces y procedimientos constructivos de aquello que sería después artesanalmente creado como especial pieza de mobiliario o de equipamiento.

En esta legitimidad cotidiana del trabajo del constructor, con sus desafíos y con sus logros, entre la necesidad, el razonamiento, el oficio y el material, creo que se consolidó mi vocación. Siempre me interesaron las obras, y los obradores. Pasaba todo el tiempo posible indagando y previendo los movimientos del guinche a vapor sobre rieles, del trajín de los operarios, de la estiba de troncos y rollizos, y del accionar de las poderosas sierras que los convertían

en tablones en un gran aserradero que existía en los fondos de mi casa; y no había obra o trabajo de construcción que dejara pasar por alto (recuerdo que era de rigor instalar ventanas de avistaje en los cercos de las obras para satisfacción y opinión de la curiosidad ciudadana).

La ampliación y corrimiento de esta formación de la infancia, de los equipamientos al espacio (arquitectónico) que los contenía, fue la natural consecuencia de la madurez adolescente. Estudié y me gradué como Técnico Constructor de Obras (TCO) en 1969 en el querido “Industrial Superior de La Nación”, hoy Instituto Politécnico UNR. A este ámbito, y a su sólido cuerpo docente, tanto humanístico como científico- técnico, es al que debo las bases de mi formación y conducta profesional: rigor en los procedimientos de razonamiento y de acción, autoexigencia de superación constante, atracción por



Su obra: el rostro de un arquitecto

los desafíos “del hacer”.

Y fue en esta Escuela, ante la duda personal que se me presentara respecto a la decisión de la continuidad universitaria de mi formación, entre la opción por la carrera de Ingeniería Civil o la de Arquitectura, en la que el Arq. Oscar Mut, un gran Profesor al que siempre recuerdo y agradezco, me aclaró la decisión a tomar: “... *siga la Carrera de Arquitecto que incluye a las demás disciplinas que de aquella derivan...*”; y no se equivocaba.

Soy uno de los muchos Arquitectos (y espero siempre serlo) que consideran a su oficio con-natural y comprometido con el devenir social, y en ello fundan la legitimidad y la trascendencia de sus saberes y pensamientos específicos, y el compromiso intelectual y ético de su continuidad en el hacer.

NC. ¿Tenés algún recuerdo saliente sobre tu

paso por la facultad como estudiante? ¿Recordás a algún profesor que te haya motivado especialmente, o que te haya impresionado por su forma de transmitir sus ideas?

MFDL. Mi época de estudiante universitario de Arquitectura (1970-1974) transcurrió en un medio institucional totalmente convulsionado, discontinuo, y con un final signado por trágicas realidades.

Es más, ingresé y desarrollé mi primer año de Carrera en la todavía Escuela de Arquitectura y Planeamiento dependiente de la Facultad de Ingeniería, y recién convertida en 1971 en Facultad de Arquitectura de la todavía joven UNR, coincidiendo su creación como Facultad con el traslado al CUR.

A partir de mi segundo año (que en los hechos tuvo inicio formal incierto) la Facultad quedó sumergida en lo que se

autodenominó el “proceso” (o “procesito” para algunos) que licuó las estructuras de Cátedras y Talleres en un nuevo formato, el “Taller Integrado” (organizado en comisiones con áreas concurrentes) que homologaba y habilitaba a todo el cuerpo docente en sus competencias académicas y en el desarrollo de contenidos, con una difusa continuidad de “niveles” anuales compactados en una única asignatura. Esta situación desvió el eje de la atención por el proyecto y la construcción de las formas espaciales habitables, heredero de las transformaciones del '55, al campo de la opinión y revisión crítica de la relación histórica entre espacio y sociedad; liberando de toda atención y control a la producción de la forma arquitectónica que resultó relegada, por falta de indagación teórica, al arbitrio circunstancial de cada autor. Si bien en un cierto sentido esta caracterización

me permitió aclarar las relaciones entre políticas, programas y gestión de las formas urbanas y territoriales, me privó, junto a varias generaciones de graduados, de un sistemático estudio, exploración y dominio de los procesos de factura y control de las formas arquitectónicas concretas, - el oficio - que quedó condicionado, en mi caso, al igual que para muchos otros, a la experiencia mas o menos estructurada por la fortuna aleatoria de las oportunidades personales que se presentaron y los intereses personales que las motorizaran.

Recuerdo sin embargo la influencia de ciertos Profesores referenciales en mi carrera: al vital Arq. “Cabezón” Rodríguez en el Curso Pre-universitario que nos entusiasmó e introdujo al apasionante desafío de la disciplina que habíamos abrazado; al Arq. C. Serra, mi docente de Taller de 1º año, que nos apoyó y orientó sin retaceos dándonos la seguridad de que para ser arquitecto no se requieren dones de cuna sino curiosidad, trabajo y estudio; al Prof. E. Serón en Visión I y al Ing. López en Geometría Descriptiva, que nos instrumentaron paciente y rigurosamente en el personal dominio gráfico-operativo, de los objetos espaciales; a los Arq. A. Llusá y A. Concina en los Cursos Intermedios que nos brindaron ámbitos de trabajo para la maduración reflexiva, intransigente y propositiva; y sobre el final de un tormentoso cursado, al Arq. “Chiche” Stoddart pregonando apasionadamente despejar de “coméstica (sic)” a la Arquitectura de nuestros proyectos en una sentida búsqueda de honestidad formal y constructiva; y al Arq. A. Moliné que nos presentó y adiestró en la disciplina metodológica para el abordaje del ejercicio profesional, y que posteriormente me alojara en su Cátedra y permitiera el inicio de mi experiencia docente con independencia propositiva.

NC. Dejando atrás el punto de vista del estudiante y ya entrando en la mirada desde la docencia, ¿Qué te impulsó a enseñar Arquitectura? y ¿Qué te dejaron todos estos años dedicados a la academia?

MFDL. Mi aproximación inicial al ejercicio docente fue como Adscripto al Taller de Primer Año a cargo de los Arq. J. M. Manchetti y E. Qualgia en el Curso 1975, junto a un grupo de colegas y amigos recientemente graduados (los Arqs I. Martínez de San Vicente, M. Brambilla y A. Villalba), como entusiasta extensión de nuestra incipiente actividad profesional conjunta, estableciendo una intensa continuidad de ideas, preguntas y voluntades que solapaba en continuidad el trabajo en el Estudio con el del Taller en la Facultad. Esta experiencia docente se extendió por dos años hasta mi partida en 1977 becado a Italia.

Durante esta estadía tuve la oportunidad de desempeñarme como auxiliar docente, primero en los cursos de Urbanismo de la Facoltà di Architettura della Università degli Studi di Roma, y a continuación en los Cursos de Proyecto del Istituto Universitario di Architettura di Venezia (IUAV). Experiencia que me permitió recomponer formativamente la unidad teórico-práctica del programa ideológico y cultural de la disciplina arquitectónica como experiencia de voluntad colectiva, y del cuerpo técnico de los procedimientos proyectuales, como manifestación concreta de aquella. Teoría y técnica del proyecto arquitectónico como un cuerpo disciplinar específico, reflexivo, -analítico y propositivo- de resultados objetivos que definen la inevitable continuidad, y buscada utilidad y eficiencia del contenido técnico de las acciones proyectuales; reconociendo, como lo expresa Rogers, que “.....nuestra

dificultad -nuestra obligación- es traducir los sentimientos en las cosas creadas, y para ello es preciso perfeccionar una técnica que nos permita dominar los sentimientos, identificar la técnica con los sentimientos, constituir una unidad entre los medios y los fines, confundirlos con la vida, hacer que la Arquitectura se vuelva viviente.....” En esta posibilidad de presentar y asumir teórica y metodológicamente el programa de construcción del espacio arquitectónico (tipológico, morfológico, funcional y significativo) en cada proyecto, eludiendo las inconsistencias de la “opinión” circunstancial y eventualmente errática, (dogmática, metafórica, pragmática, o auto referenciada) para remitirse a un cuerpo mas estable de certezas e inquietudes explicitables, se ha fundado mi trabajo de docente con la convicción en asumir el desafío de integrarlo en una Escuela de Arquitectura, que superara el modelo fundado en la presencia de Maestros (los profesores) cuyo “estilo” de hacer debe ser imitado y reiterado por el colectivo de los estudiantes, desplazándolo por un modelo de trabajo focalizado en la continuidad y en la profundización de un saber teórico práctico específico: la construcción de la forma arquitectónica cual evidencia concreta (técnicamente controlada) de la resolución de la “demanda espacial”, con vocación utilitaria y como expresión de voluntad de trascendencia colectiva (progreso histórico-social).

A partir de 1979 reingreso a la Facultad con este interés y compromiso, compartidos en ese momento por un importante sector docente, de trabajar activamente en la reconstrucción de nuestra Escuela (y obsérvese que no refiero a la misma como Facultad que implica solamente una definición institucional y administrativa).

He recorrido diversas instancias docentes

desde entonces, Jefe de Trabajos Prácticos; Profesor Adjunto Ordinario a cargo de Cursos a partir de la recuperación democrática en la UNR y en la UBA junto al Prof. Arq. Tony Díaz (a quién debo su importante influencia en mi formación); miembro electo de la Comisión que elaboraba en 1985 el Plan de Estudios que caracterizó e identificó reverencialmente entre las Facultades de Arquitectura del país a nuestra Carrera; Consejero Docente en varias oportunidades; y Profesor Titular Ordinario de Proyecto Arquitectónico a cargo del Taller desde 1992.

Volviendo a la pregunta, no estuve "...todos estos años dedicados a la Academia..."; es más, no creo en la "Academia" como sitio de prestigio reservado a los que más saben (sabios o lo que sea); en cambio he intentado simplemente trabajar para saber algo más, para aprender de los propios errores y desvíos, para presentar a mis alumnos el testimonio disciplinar que nos alcanza, involucra e incluye, formulando en ello los interrogantes programáticos que la contemporaneidad nos impone, apoyando y estimulando en cada estudiante las indagaciones proyectuales, y compartiendo el rigor intelectual y técnico en la evaluación de la legitimidad de sus resultados; para avanzar razonadamente en su necesaria y continua actualización.

NC. Teniendo en cuenta tu larga trayectoria en la enseñanza, y entendiendo que en el transcurso de todos estos años ha habido cambios enormes en cuanto a las herramientas específicas de la arquitectura, pero también en cuanto a la forma en que se obtiene la información, y mucho más general la sociedad misma ha cambiado mucho en cuanto a valores y objetivos ¿Qué cosas han cambiado en la enseñanza,

y que cosas permanecen a pesar de los cambios? ...si es que las hay!

MFDL. La historia de las sociedades y de su cultura, sus hechos, sus demandas, sus paradigmas, sus conflictos, y sus circunstancias, son por naturaleza evolutivos. Esto siempre ha sido así, por ello no es posible fijar un "punto cero" referencial (nostálgico o crítico) de los cambios actuales. Cada momento se construye sobre sus antecedentes y a la vez resulta condicionante de futuro. Solo las coordenadas generacionales permiten referirse a un tramo de dicha historia, y solo en relación al tramo en el que me involucro me arriesgo a presentar algunas reflexiones. La existencia y la práctica de la Arquitectura ante-cede a la aparición de la figura de los Arquitectos institucionalizados, y posiblemente se sobre-ponga a la propia existencia de estos actores, en el caso de que éstos incumplan su designio. Es decir, la práctica socio cultural, constante y continua, de adecuar el ambiente natural a la propia razón de vida y al sentido de la subsistencia individual y colectiva (utilitaria y trascendente), y así dotarse del ambiente "artificialmente" construido necesario para esta doble intencionalidad, que es lo que define la propia razón arquitectónica. Conocimiento analítico y reflexión sobre lo actuado para su consecuente actualización de "progreso" (continuidades y transformaciones) de aquella razón constituyen su dinámica: la arquitectura se continúa en sí misma, y su obra se funda y refunda sobre su misma obra. Los aparentes quiebres en su evolución, aún aquellos extremos, no son sino modos de asumir el sentido de su continuidad.

El Arquitecto que actúa como tal en cada ocasión de proyecto, y en cada

momento de la historia, se asume entonces como operador responsable de este "trabajo", el de interpretar aquel mandato de utilidad y significación colectiva en las circunstancias de su contemporaneidad (culturales – territoriales – sociales). Y desde este convencimiento, la proclamación de desconcierto ante el cambio debe dejar de ser una novedad "sorprendente", para posicionarse como la propia naturaleza programática teórica y práctica, en la que se legitima la capacidad, y la esperanza "profesional" del Arquitecto en cada intervención. Y es esta ineludible condición de producción "relativa" de la obra de arquitectura en relación a su contexto concreto y en funcionamiento (en sentido amplio) sobre el que "proyecta" y construye su transformación, la que relativiza mi interés por la celebrada valoración de la "obra de autor" (si es que es posible considerarla un acto autónomo individual, aislado de toda contaminación contextual y de cualquier vocación de reorientar el sentido de esta contaminación), para interesarme, en cambio, en la capacidad y utilidad de aquella producción capaz de manifestar en conjunto, aunque heterogéneas o polarizadas resulten sus particularidades, cierta "tendencia", de coincidencias en el "sentido coral de la cultura", (al decir de E. N. Rogers) la recurrencia en torno al objeto de conocimiento analítico – las formas urbanas y territoriales – y al método del accionar técnico para su transformación mediante el proceso de la factura arquitectónica: el proyecto.

Son innegables, entonces, que las diferencias registradas en estos casi 35 años de actividad docente (y de actuación Profesional) se refieren más a las circunstancias del contexto (paradigmáticas,

socio-culturales, tecnológicas), que a la razón profunda de la Arquitectura. La instalación de la “cantidad” diferenciada de la “calidad” como síntoma de estos tiempos; las dinámicas de la comunicación-interacción social en tiempos reales y la globalización de las conductas sociales y culturales; la definitiva urbanización de las sociedades humanas y su confrontación con la creciente evidencia de las desigualdades en el derecho a la ciudad; la conciencia de la “finitud” de los territorios y de los recursos ambientales; la tendencia a la “abstracción modélica” en la aproximación e interpretación de los procesos reales; la preponderancia de la imagen visual mediada por sobre otros modos de abordaje al estudio y a la reflexión; la inabarcable e “ilimitada disponibilidad”, no selectiva, en la oferta de la información; la disponibilidad acrítica de los recursos tecnológicos y la “neutralidad” de su producción y potencial aplicación; la creciente abstracción en la naturaleza utilitaria de los medios e instrumentos idealmente “programados” y atractivamente disponibles para la producción y manipulación documental (con el creciente riesgo de confundir los medios con el objeto de su utilidad); y en lo que hace a nuestra actividad docente, el rol asignado social y culturalmente al “status universitario” y al de sus acciones (funcionalidad social, inclusión y masividad en su accionar); una cierta tendencia a la escolaridad generacional; la dispersión de motivaciones y compromisos de frente a las perspectivas del porvenir profesional; constituyen, entre otras, las realidades del contexto que identifican los caracteres de su actualidad, pero que no conlleven en ello un cambio trascendente en la cuestión disciplinar y en el valor del ejercicio de su oficio, sino que le exigen su

prudente interpretación programática en la participación en el “coro” de la cultura.

Considero por ello que, concitar la atención de no sucumbir ante los pregoneros del dogma del caos o la crisis disciplinar, de la ruptura o fin de la historia, o de la opción de solitarias y aisladas experimentaciones arbitrarias o de casuales exhibicionismos superficiales, como opciones propicias al interior de la arquitectura; resultando orientador en este sentido el pensamiento de Leonardo Da Vinci (manuscrito G, 1515): “... *los que aprenden por la práctica sin ciencia se parecen a los pilotos que subieran a un navío sin timón ni brújula y que no supieran a donde van. La práctica debe estar siempre basada en la buena teoría....*”.

NC. En cuanto al objeto de la enseñanza “La Arquitectura” ¿se enseña Arquitectura, o se enseña a pensar como Arquitecto? O ambas, y en ese caso, ¿Cómo se articulan ambas formas en la enseñanza específica de las materias proyectuales, que son en las que te desempeñas?

MF DL. Ya me he explayado, tal vez en exceso, acerca de la inseparable correspondencia entre la Arquitectura y el Acto del Proyecto que hace a su continúa construcción: el ser y el hacer arquitectónico. Referido entonces a su enseñanza, parece la siguiente una afirmación más que evidente: se enseña lo que se sabe; y se aprende lo que se enseña. Enseñanza y aprendizaje entonces resumen indeclinablemente un único proceso.

La cuestión refiere entonces a la necesidad de una explícita demostración (mostración y demostración) por parte de aquel que enseña – en términos de racional abordaje expositivo – del estado de su conocimiento y del modo de afrontar las

indagaciones que lo avalan en dominio de los procedimientos e instrumentos efectivos para la producción proyectual. El QUE hacer y el COMO hacer deben presentarse por ello privos de ocultamientos y de “atajos” que salteen la duda y eviten la necesaria reflexión sobre la conciencia ética del hacer.

Esta dinámica de enseñar y aprender debe ofrecer al aprendiz el ámbito orientador de sus descubrimientos y ser saciador de sus ansias de avance, desarrollando y potenciando en cada estudiante las habilidades de la indagación reflexiva que legitima e instrumenta el trabajo propositivo del oficio: el proyecto y construcción de las formas espaciales; despejando en esta tarea todas las dificultades heredadas, preestablecidas por otros.

En la Escuela se aprende a “ser un Arquitecto activo” (Teoría de la Arquitectura), y a “hacer de Arquitecto hábil”, decir actuante (Teoría del Proyecto Arquitectónico). Y esta es una tarea conjunta de toda la currícula y no exclusivamente de las asignaturas proyectuales. No reconozco la posibilidad de una maduración teórico-práctica que admita la separación entre ambos espacios formativos.

“... *Lo escuché y lo olvidé; Lo vi y lo entendí; lo hice y lo aprendí...*” (Confucio 551-479 a.C.). Así he intentado proceder en nuestro Taller de Proyectos, o mejor dicho de proyectistas; aprender y adiestrarse haciendo; fundando el hacer en la vocación por conocer los qué y los cómo ha sido hecha la obra de la Arquitectura que nos anticipa, y estar en condiciones de evaluar serena y fundadamente la validez de lo que se hace.

Los resultados son variados, pero comparten en el trabajo aquella afirmación de Louis Kahn: “...*Un edificio es una lucha,*



no un milagro...”; y estamos esperanzados que del trabajo con nuestros estudiantes resulten bravos luchadores, y decidan con autonomía el sentido de su lucha y de como llevarla a cabo.

NC. Si acordamos que la Arquitectura contiene una parte de “Técnica”, y otra parte relacionada a la creatividad o al “Arte” y sabiendo que la enseñanza de los contenidos técnicos está bastante ensayada, ¿Es posible enseñar la creatividad, o a ser creativo? ¿Cuál es tu posición sobre este aspecto en la enseñanza de la arquitectura?

MFDL. ¿Cuál es la validez de contraponer o diferenciar técnica y arte en el hacer arquitectónico?

Parecería inducir a aceptar la posibilidad de la técnica sin arte y al arte sin técnica, o lo que es mas serio, instalar la posibilidad

de una validez artística exenta de la disciplina que la demanda, descontrolada respecto de la legitimidad de los procedimientos instrumentales (técnicos) que la producen, que es lo mismo que decir descontrolada respecto de la construcción teórica que la demanda y la lógica que la justifica. La necesaria “creatividad” de todos los actos válidos del intelecto, y los actos de producción arquitectónica no son excepción, se refieren a la capacidad de aproximarse a los problemas y demandas socio-culturales que ubican en la especificidad de la arquitectura la esperanza de que su obra resulte la evidencia CONCRETA de aquellos potenciales para la vida moral y social de cada momento histórico.

La capacidad creativa entonces, a desarrollar e instrumentar, está en el posicionamiento personal anti-dogmático frente a los problemas abiertos, inexplorados,

cargados de potencial transformador que se presentan en cada tiempo, con la obligación de identificación personal en relación a la producción social del medio ambiente artificial y en relación a la continuidad o transformación de las tensiones circundantes.

La artisticidad de la Arquitectura, entonces, difiere de la artisticidad de las disciplinas plásticas (pintura, escultura) o visuales (cinematografía, gráfica comunicacional) en las que el objeto de su producción establece su transcendencia en la relación con aquel que observa (obra-observador). La arquitectura, en tanto producción objetiva del espacio “habitado” opera el sentido artístico de su transcendencia, como ya he señalado, no exclusivamente en la experiencia “visiva”, sino en el potencial de vida que ofrece, vida en el sentido más amplio. Haciendo referencia nuevamente a E. N.

Rogers, “....el oficio de Arquitecto, “como el oficio de vivir”, no sea más que un eterno, un inexorable recomenzar...certeza suficiente para que el oficio sea la pasión de todos los días...”. Y este potencial es esencialmente colectivo, inevitable y permanente, orientando y dando existencia real al testimonio perdurable del devenir socio-cultural en una época entre épocas.

Queda excluido entonces, tanto en la producción como en la valoración de la obra arquitectónica, las consideraciones arbitrarias fundadas en el “gusto” (sentido mejor desarrollado para la detección de los sabores). En todo caso el “gusto” personal -atracción por las pasiones e intereses puestos en juego – se invierte y no estará ya en el “sabor” del resultado (cualquier sean los términos de belleza o fealdad con que se lo juzgue) sino en la intensidad del método que se manifiesta, actualizado, en cada nueva obra.

NC. Retomando tu trayectoria, en la cual se conjugan un intenso trabajo en la academia con una actividad sostenida y prolífica en tu propio estudio profesional, ¿pensás que ambas actividades se han ido enriqueciendo una con otra? O por el contrario han transitado carriles paralelos sin grandes interacciones?

MFDL. Ya he argumentado que solo se puede enseñar lo que se sabe, lo que se sabe hacer y de lo que se puede explicitar como. Y este legítimo (y honesto) vínculo entre el hacer (pensamiento y obra) y la enseñanza es el mismo vínculo que relaciona la producción del propio trabajo de oficio y el desempeño docente.

Descreo de la enseñanza “de opiniones” o desde la crítica extraña, por alejamiento, de la confrontación con el propio hacer.

Prefiero, en todo caso al que asume el desafío de ser actor activo de la producción arquitectónica (y así trato de serlo), aun a riesgo de resultados imperfectos pero motivadores de una permanente búsqueda de certezas, que aquel que se limita a ser un observador denunciante de errores ajenos. Por todo esto considero la práctica del oficio del Arquitecto hacedor (de ideas reflexivas y de proyectos) como el ámbito de interacción del mismo con la dinámica de sus circunstancias y conflictos, incluso de los que pertenecen al universo autobiográfico; y al trabajo en la Escuela como el ámbito demandante de la explicitación de la experiencia acumulada como apertura metodológica – teórico-práctica – para el ejercicio riguroso de la libertad intelectual en el juicio (sea de continuidad o de contestación) por parte del estudiante y que concurrirán en el desarrollo de nuevos conclusiones a su cargo.

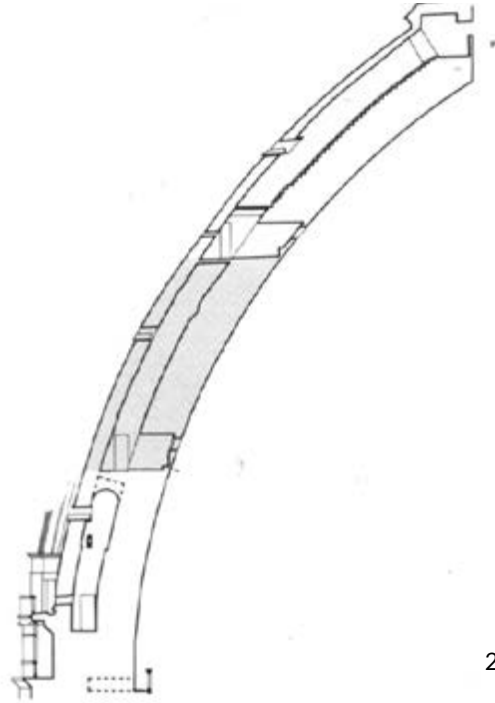
NC. Siguiendo en esta línea de reflexión sobre la enseñanza y la profesión ¿Cuan importante considerás que es que los docentes de las materias proyectuales sostengan prácticas profesionales en el campo del proyecto arquitectónico al mismo tiempo que enseñan?

MFDL. Los enseñantes en las Asignaturas Proyectuales deben asumirse como activos promotores capaces de proponer y producir con su trabajo una madura e inquieta experiencia formativa (no meramente informativa); en la instalación del dominio de las habilidades reflexivas y en los procedimientos instrumentales y operativos para el ejercicio del oficio: la intervención proyectual. Esto merece sin embargo una aclaración: como parte del colectivo docente de una Escuela, y como tales,

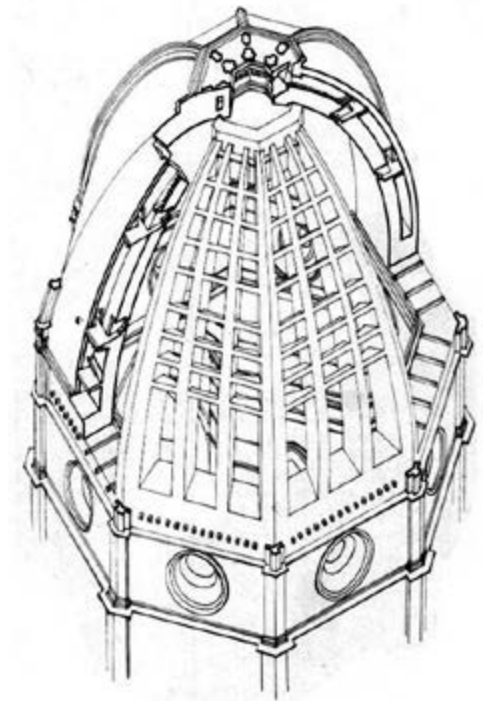
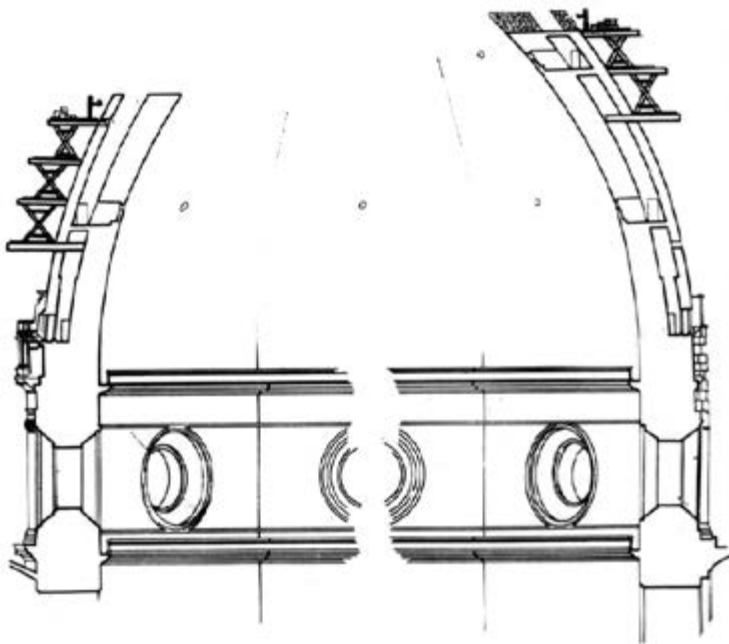
debemos saber ubicar nuestra tarea en un contexto más amplio de estímulos, interrogantes y trabajo, estando dispuestos a reconocer en este entrecruzamiento de campos curriculares (siempre que estos presenten racional consistencia teórico – práctica) el “medio” en que cada estudiante nutre sus capacidades y el estado de la orientación programática que motiva y orienta su hacer.

Por ello, considero que aquel que asume la tarea de orientar e implementar el aprendizaje de la producción de proyectos arquitectónicos no debe ser un mero “entrenador” (a cargo del gimnasio) que repite las rutinas ya instaladas. Sino que deber ser ante todo el atleta que desde la experiencia de sus propios logros, esfuerzos, y también de sus fracasos, propone un recorrido que potencie las capacidades personales de sus estudiantes orientando, con disciplina, rigor intelectual y porque no cierta modestia personal y prudencia, las energías y pasiones juveniles que ellos vuelcan a la tarea, y a hacer reales sus sueños. No es solo la práctica “por encargo de cometencias externas” en la que se resume el ejercicio de la profesión; no es una Matrícula Colegiada lo que define y habilita a sus actores. Profesional es aquel en condiciones de capacidad y de habilidad probadas para afrontar un problema, saber indagarlo creativamente (sin ataduras) y resolverlo en consecuencia con solvencia y eficiencia.

Por todo esto, es necesario en la docencia ser un Profesional activo del Proyecto de Arquitectura para participar con honestidad y credibilidad en la enseñanza del mismo. Y me refiero como “Profesional Activo” a aquel hacedor que siente el impulso vital del hacer; de proyectar el estado de cosas en perspectiva de avance. Los campos de



Catedral Santa María del Fiore 1 - Escultura de F. Brunelleschi contemplando la cúpula. 2 - Croquis. Sección media de la cúpula. 3 - Imagen de la sección media de la cúpula. 4 - Corte de la cúpula. 5 - Estructura de la cúpula.



actuación son variados y continuos: las demandas del diario acontecer siempre motivadoras de su indagación con los propios “apuntes propositivos” de intervención proyectual (aunque no le sean requeridos); la participación en concursos; la responsable participación en la caracterización de la obra pública; la permanente inquietud (analítica y clasificatoria) en el estudio de la obra de la arquitectura produciendo nuevos “útiles” de proyecto; la integración en los procesos industriales de producción de las formas edilicias; todos campos tan valiosos y a la par de la producción arquitectónica producto de la demanda programática de la comitencia externa (y no toda edificación es obra de Arquitectura).

Un caso emblemático de esta “necesidad fisiológica” del proyectista activo se resume en el humilde enunciado que hace Wladimiro Acosta de su magnífico tratado proyectual *VIVIENDA Y CIUDAD*, producido silenciosamente a su costo y por la propia motivación personal surgida de su compromiso ético y profesional, “...a título de modesta contribución a este acopio de experiencias – que confío llegarán a beneficiar al hombre algún día – ofrezco hoy el resultado de la labor, el estudio y la meditación de 15 años sobre los problemas de la vivienda y de la ciudad...” (Buenos Aires 1935). Y este es un valioso trabajo profesional aunque no haya existido una comitencia en el sentido común del término.

NC. Por último y para terminar sumergidos en esta disciplina que me consta te apasiona. Si tuvieras que transmitir lo esencial de la Arquitectura a alguien que se encuentra por primera vez con la disciplina, a partir de una obra de Arquitectura ¿Cuál sería esta obra? Y ¿Por qué pensás que esta obra condensa la esencia de la disciplina?

MFDL. Es muy reductivo pretender definir en una única obra la “esencia” de la arquitectura. Sería de algún modo contradecirme con lo ya expuesto, respecto a que cada obra –o proyecto– no constituye un episodio autónomo fruto de una “ocurrencia genial” de su autor; por lo que para responder a la pregunta debería referirme a un conjunto de obras que en la historia, reciente o pasada, que en conjunto demuestran cierta “tendencia” respecto a la consistencia continua de la Arquitectura. Prefiero por ello, presentar esta esencia disciplinar refiriéndome a una historia que la expone íntegramente. Cuando a mediados del Siglo XIV la ciudad de Florencia decide, para dar testimonio perdurable del orgullo y capacidades colectivas de su sociedad, ampliar la magnitud del proyecto de su nueva Catedral –Santa María del Fiore (ya en obra) con vocación programática de superar ampliamente las catedrales de las ciudades rivales (Siena, Pisa, Lucca); asume así la tarea de avanzar, superándolos, sobre los límites del saber del momento, de las capacidades tecnológicas, y de las seguridades conocidas: la rutina estática de la corporación de constructores ya no será efectiva para este programa de “necesidad innovadora”.

Avanzada la obra hasta la base del tambor central, y ante el “irresoluble” desafío de construir el domo –cúpula– de la magnífica catedral que superaba las capacidades técnicas de los modos conocidos, llama a un concurso de propuestas innovadoras capaces de resolver esta demanda de dar forma a la espacialidad celebratoria del templo y signo dominante sobre la entera forma urbana.

A partir de 1404 Filippo Brunelleschi se aboca inicialmente al estudio del problema, combinando “originalmente” en su trabajo de proyectista las lógicas constructivas del gótico con la observación y el

estudio analítico -in situ– de los olvidados métodos romanos de abovedar. En condiciones de participar de aquella convocatoria presenta en 1420 el *memorandum* de su propuesta ante un desconcertado auditorio de operai y de ilustres que dejarán sorprendidos en sus manos la responsabilidad del resultado.

A partir de ese momento las fuerzas del trabajo de producción en la construcción orientarán sus competencias y experiencia a la realización de la obra según las indicaciones (el proyecto y sus planos) con que el ingenio (la razón) de este primer Arquitecto “moderno” interpretará las circunstancias de la demanda, articulará y actualizará los saberes precedentes, y conducirá la concreción de la solución.

Siempre evoco para la introducción de un novel estudiante al quehacer arquitectónico, esta figura emergente de arquitecto moderno: el razonamiento antidogmático y creativo dirigido a la interpretación de la complejidad de la demanda como oportunidad de progreso; la intencionalidad y funcionalidad del necesario estudio de los saberes que lo preceden; la capacidad de articularlos y actualizarlos en la concreción de la solución de la forma construida. La obra de la catedral de Santa María del Fiore se concluye, con su excepcional cúpula y con la esbelta linterna que la corona en 1436, poco después de la muerte de F. Brunelleschi, abriendo las perspectivas de una nueva funcionalidad del saber arquitectónico, vigente hasta nuestros días.

Personalmente debo reconocer que por estas mismas razones continúo apasionado por el conjunto de la obra de Le Corbusier, a la que siempre retorno en los momentos de reflexión, no para repetir el estilo de sus proyectos, sino para indagar en la experiencia de su trabajo.



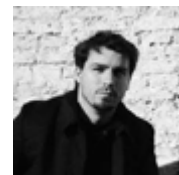
NOTAS

Las citas al pensamiento de E. N. Roger pueden encontrarse en su ensayo EL OFICIO DE ARQUITECTO en *Esperienza dell' Architettura*, Einaudi Editore, Milán, 1958.

Las imágenes de la Cúpula de Florencia pertenecen al libro de Eugenio Battisti "Filippo Brunelleschi", Electra, 1976.



Manuel Fernández de Luco, Profesor titular ordinario de la FAPyD. Entre 1985 y 1990 fue profesor adjunto de la FAU-UBA. Realizó actividades de investigación y docencia en el Instituto de Arquitectura de Venecia y en el Instituto de Urbanismo de la Facultad de Arquitectura en Roma. Articula su trabajo docente con el profesional desde la Oficina de Arquitectura y Urbanismo de la que es titular. Entre 1989 y 1995 fue Secretario de Planeamiento de la Municipalidad de Rosario y entre 1986 y 1995 coordinó el Plan Director y la Oficina de proyectos urbano-arquitectónicos de la Municipalidad.



Nicolás Campodonico, es graduado de la FAPyD (2001) y profesor adjunto del Taller Carabajal. Alterna su trabajo profesional con la docencia que ejerce desde 1998 al mismo tiempo que participa en numerosos concursos nacionales e internacionales. Ha colaborado como docente en la Universidad de Navarra, la Universidad Torcuato di Tella y la Universidad de Venecia.





www.fapyd.unr.edu.ar/ayp-ediciones

